

OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año II Murcia 1.^a quincena de Abril de 1917 Núm. 9

En torno a la poesía de Ricardo Gil

El culto catedrático de Geografía e Historia del Instituto de Cartagena ha dado recientemente una conferencia sobre el ilustre poeta murciano. Publicamos un extenso extracto de ella, hecho por su autor.

Ricardo Gil, soberano creador de belleza, no ha hallado en las muchedumbres el eco que sus canciones merecen. No pretendo hacer la biografía de Ricardo Gil, porque no la conozco y porque además no me interesa, porque muerto el encantador artista no es ya el hombre el que nos importa, no es a Publio Virgilio Marón, ciudadano romano, amigo de Mecenas, a quien nos manda honrar el Dante cuando nos dice «concrata l' altissimo poeta», sino al autor de la Eneida. De Ricardo Gil hombre, no sé más sino que era honrado y bueno y que vivió modestamente, y no me hacía falta saber ni aun eso, porque ya el gran Anatele Franco, en ese libro que es a mi juicio lo más exquisito de su obra admirable, en «El Jardín de Epicuro», nos cuenta aquella triste y sabia anécdota del príncipe de Oriente. Por eso antes de investigar nada acerca de la biografía de Ricardo Gil, la conozco cordialmente desde la cuna a la sepultura: nació, soñó, murió. ¡Oh! he dicho pronto que murió, porque él como el gran lírico latino puede decir también *non omnis moriar*, no morirá completa-

mente, porque, también como el gran lírico, puede repetir *exige monumentum aere perennius*.

Porque la obra delicadísima de Ricardo Gil es, precisamente por su infinita delicadeza, lo mismo que por otras causas es la obra del gran lírico latino, del eterno Horacio, más fuerte que el bronce, Ricardo Gil es un gran lírico, un lírico puro y ya sabemos que el lirismo es ante todo y sobre todo expansión del individualismo, y que por lo que somos más constantemente individuales no es por las ideas, no es por el intelecto sino por la sensibilidad. Y me conviene recordar que los fenómenos de la sensibilidad —hablo desde el punto de vista estético, para intentar hacer teoría literaria—son de dos clases, a saber: sentimientos de amor, de esperanza, de odio, de desesperanza, de entusiasmo, de melancolía, sentimientos, en fin; y las sensaciones en las que hay que distinguir las representativas y las no representativas. Por eso el lírico, el lírico puro, tiene necesariamente las notas que el gran tratadista francés Lanson señala en los líricos románticos; todo lírico es necesariamente sentimental y pintoresco; sentimental puesto que exterioriza sus amores y sus odios, sus entusiasmos y sus melancolías; y pintoresco puesto que elaborando sus sensaciones representativas, visuales y acústicas, es, aunque subjetivamente, descriptivo. Y Ricardo Gil, que es un lírico, un gran lírico, es un poeta sentimental y es un poeta descriptivo; sentimental puede decirse que lo es en totalidad y en todas las partes de su obra; descriptivo lo es parcialmente también en toda su obra pero deliberadamente en algunas. De lo uno y de lo otro pondremos ejemplos en las lecturas que se seguirán y

son las que me propongo decorar mi conferencia, indemnizando al hacerlo así al público de la molestia de escucharme. El poeta sentimental canta las pasiones de su alma y eso hace Ricardo Gil; pero los afectos personales no son materia elaborable del pensamiento poético sino en cuanto tienen algo de genérico y eterno. Ya lo dijo el gran estético alemán Hegel. De ahí la eterna vitalidad del lugar común, del tópico hasta el punto de que el gran Brunetiére en sus admirables «*Mélanges d'histoire et littérature*» llegue a decir textualmente: «le lieu commun est la condition même de l'invention en littérature»; es preciso que muchas generaciones hayan vivido sobre el mismo fondo de ideas para que ese fondo pueda ser transformado por el artista: la verdadera originalidad no está en sacar algo de la propia, personal sustancia del autor, sino poner a las cosas comunes un sello individual.

A no ser porque no son estos ni el lugar ni la ocasión adecuados, aplicaríamos en el momento actual de esta conferencia la teoría estética del gran Guyau y su grandioso concepto sociológico del arte, puesto que un lugar común, un tópico, es aquel punto ideológico en que convergen la experiencia sentimental universal y el universal buen sentido y la invención reside únicamente en la forma, en renovar y apropiarse el lugar común por la observación directa de la naturaleza indefinidamente recomenzada. Eso son las más de las odas inmortales de Horacio, las más de las poesías eternas del gran Fr. Luis de León y así de los demás poetas dignos de este nombre y entre ellos nuestro amado Ricardo Gil.

Decíamos que el gran lirismo es; aquel en que el poeta deja transparentar lo universal; aquel en que se percibe, a través de las formas múltiples de la realidad del momento, el problema eterno del ser y del destino, y Ricardo Gil logra ese objeto en todos los grandes momentos de su obra poética. Ya lo veremos corroborado en la lectura. La obra poética de Ricardo Gil no es abundante; sustancialmente se reduce a un tomito de ensayos titulado «De los quince a los treinta», en el que hay ya verdaderas joyas; otro, poco más o menos del mismo volumen, culminación fulgurante

del genio de su autor; y un tercero en el que hay también alguna imponderable obra maestra.

Y como no resisto a la tentación de darme el placer de recrear el oído y reconfortar dulcemente el corazón con la recitación de las admirables poesías, interrumpo aquí mi desaborida disertación para pasar a la lectura de las poesías que nos darán ocasión a algunas breves observaciones.

Es difícil, difícilísimo escoger unas cuantas poesías entre todas las de Ricardo Gil: nunca como en este caso puede hablarse de *l'embarras du choix*. No sé realmente cuál elegir; pero, puesto que he anotado como una de las características de nuestro amado poeta el don de lo pintoresco, oíd *El Retrato*:

La duquesita, sin lisonja, es bella
y un poco artista: su alma tomó vuelo
y hace tiempo que vive en una estrella,
la más lejana del impuro suelo.

De ingenuidad y de esquividad modelo,
como altanera roca
mira impasible el mar que en ella choca,
sin turbarse recibe
del incienso la inútil oleada;
y es que adora en secreto, desde el cielo,
a un dichoso mortal que también vive
en esa hermosa estrella plateada,
y sabe que en secreto es adorada.

El es pintor de genio. Con locura
ama la duquesita la pintura
y una noble igualdad de aspiraciones
aproximando fué dos corazones
que el mundo en vano separar procura.

Verdad que es un retrato.... no sé de quien... de Van Dyk ¿no? Y eso es; Ricardo Gil. Se pone a hacer un retrato y al pintarlo no es el dios Velázquez, es ése, Van Dyk, por ejemplo. Ved la fina elegancia, quizá un poco mórbida de la duquesita—también Van Dyk en el autorretrato del Museo del Prado es exquisitamente elegante, pero parece un poco enfermo,—Ved la elegancia un si es no es fanfarrona del pintor burgués que resulta un poco *poseur* ante la joven aristócrata.

Y cómo, sin describirnos a la dama de compañía evoca en nosotros la imagen de la venerable dueña que lee entre cabezada y cabezada un poema de Pope, por ejemplo, o

un canto del *Paraiso Perdido*. Y la galería está pintada también; es la del palacio de Liria o la del de Fernán Núñez.

He ahí el don de lo pintoresco de Ricardo Gil; el don de traducir con palabras las imágenes que por los ojos le entraron. Es una genialidad esencialmente romántica que tuvo Lamartine el del *Lago* o Espronceda el de *El Estudiante* o Víctor Hugo el de *El Aguililla del basco*. Don de lo pintoresco, pero don también del análisis psicológico: con la complacencia del sol primaveral y del recogimiento de la galería... el poeta da—hasta cierto punto—con el cuarto de hora de la duquesita. Es una revelación fisiológica algo semejante, aunque menos pronunciada, a lo que pasa en el encantador poema del patriarca Campoamor *La Novia y el Nido*. En cuanto a la ejecución de la poesía, observad que, aunque compuesta por los años de 98, es decir cuando estábamos en la época heroica de la métrica revolucionaria, la métrica por pies que Rubén impuso, por fortuna, Ricardo Gil respeta la métrica tradicional y *El Retrato* está escrito en silvas correctísimas, impecables, dignas de Rioja.

El endecasílabo y el heptasílabo están usados con escrupulosísimo respeto: no creo—no he detallado el estudio—que haga falta que reprocharle.

Ved que la rima es rica, riquísima con naturalidad, sin afectación.

Ved los legítimos procedimientos literarios que emplea para lograr sus efectos. Reparad, por ejemplo, que logra la descripción de la galería con dos sencillas enumeraciones, y sin abusar de los adjetivos, puesto que

cuando los usa son necesarios y adecuadísimos. De su castellano no hay que decir, y quede de una vez dicho, que es castizo, limpio y brillante como los chorros del oro. De la sintaxis que siendo de notable riqueza constructiva es, a la vez, clara y castellanísima.

Hemos visto el don de lo pintoresco; vamos a ver el de lo sentimental. La hoja de rosa.

Preguntas si lloré... ¿Llora el soldado
en la lucha reñida?

Cuando al pié de su lecho arrodillado
á Dios daba mi vida por su vida
sin levantar la voz, no, no he llorado.

Preguntas si lloré.. La peligrosa
lucha afronté sereno.

Después, para que en noche silenciosa
se derramase al fin el vaso lleno,
bastó ligero pétalo de rosa.

Ya lo habeis visto. El poeta sigue el largo proceso del dolor amante, y ese dolor está expresado por modo tal que el poeta, conmovido él hasta la médula de los huesos, nos conmueve a nosotros lectores:—*si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi, tunc tua, me importumia la edent*—pero nos conmueve con un dolor retenido y como larvado, que no se expansiona libremente hasta que con el poeta besamos el pétalo de rosa que le envía el alma de la muerta.

ANDRÉS BELLOGIN

(Concluirá)



NUESTROS POETAS

Al regreso

He pasado la noche neciamente
entre las llamaradas de una orgía;
desbordamiento de champán y besos
y escándalo de voces y de risas.

Al salir, por las calles solitarias,
mientras barrunta perezoso el día
una enorme tristeza me acongoja
y siento náuseas de mi propia vida.

Para no hacer ruido
en el hogar penetro de puntillas...;
oigo el sueño tranquilo de mi madre;
todos duermen en paz!... Sólo vigilan
las hoscas soledades de mi alma
atormentada y mísera.

Jardin muerto

Mudo estás ¡oh jardín! en tu agonía...
Ni una flor, ni una risa, ni un arpegio...;
mudo está el surtidor sonoro y regio
cuando antaño su música vertía.

Del amor fuiste alcázar y eres tumba;
el viento aulla como can herido,
y es tan triste la voz de su gemido
que parece un lamento de ultratumba.

Mas no me agobia tu fragancia muerta,
ni tu ciudad fantástica desierta...
Lo que me agobia con tristezas hondas
es pensar que sentí, vendido y preso,
bajo el florido encaje de tus frondas
la divina embriaguez del primer beso.

Mientras se oye el tango

En el oscuro recodo de solitaria calleja
con otro amante publicas tu traición y tu hermosura,
y en tu plática no adviertes al que se acerca á tu reja
con el paso vacilante de su negra calentura.

Una vetusta hornacina vierte sus trémulas luces,
llega el rival con el ímpetu de sus achares gitanos
y en las gargantas combate la crispación de las manos
mientras ruedan por el suelo los sombreros andaluces.

Han quedado los rivales como tigres en acecho;
en relámpage homicida la navaja busca el pecho,
donde se clava y se hunde hasta el anillo del mango,
mientras loco, delirante, ruge en el café vecino
el escándalo del vértigo, de la lujuria y del vino,
¡la borrachera canalla del garrotín y del tango!

LEÓN GONZALEZ

Francis Jammes

(Conclusión)

EL ASNO.—Aquí, en este punto, el júbilo de los hombres equilibrados, de esos pobres hombres que cultivan la idolatría del silogismo, y

... piensan que la fuente es la fuente, que la brisa es la brisa, que la luna es la luna, el júbilo de esos hombres estalla sin remedio en chistes donosos, como aquellos que Fray Gerundio llamaba retruécánillos. Felizidad esta del ingenio, en que los periódicos tienen su sección de colmos y de parecidos hilarantes. Mal año, en cambio, para los poetas que, como un cierto italiano de la Umbría, traban amistad con el asno ridículo y caen en la locura de compadecerlo y amarlo.

¿Puede el asno ser poético? ¿Queda limitada la poesía a ciertos objetos y asuntos de los cuales será peligroso evadirse? Está convenido que pueden ponerse en verso para conmovernos estéticamente, las manos de la amada, las revoluciones políticas, los ferrocarriles y los anuncios; pero el asno, con sus largas orejas, su impasibilidad y su falta de garbo y de títulos académicos.. sería levantar un nuevo cisma.

Y este cismático de Francis Jammes, ha incurrido en la extravagancia de tratar al asno y de hallarlo dulce, apacible, resignado y digno de amor, porque trabaja y sufre castigos y burlas, y come mal y poco; porque (1) medita siempre, cumple sus deberes desde por la mañana á la noche y está en presencia de Dios. Además, sus ojos son de terciopelo.

Hamildemento ha buscado y amado Jammes al feo borrico de largas orejas... Largas orejas del Domingo de Ramos, sobre las cuales han caído los ojos de Jesús Nazareno, dulce, triste, humilde y escarnecido también...

MAS AMOR PARA LAS BESTIAS.—

(1) Siguen palabras textuales.

Vibra de lástima por el perro de un mendigo, arrojado al agua tres veces por su amo, y arrastrado por cuarta vez con la cola pegada al vientre y pareciendo suplicar:

laisse moi sur terre
m'accrocher a tes habits pleins de poussière.
Et lui, etant homme, plus mauvais que le
(chien
disait: ¡cochon! ¡cochon! ¡va! je te noierai
(bien...

Lástima también por el simpático ternurillo que es conducido al matadero, por el cerdo a quien están degollando, cuyos gritos largos y agudos se debilitan poco a poco; por las palomitas del prestidigitador, encerradas todo el día en un cuarto del hotel; encerradas por la noche en una manga del traje negro, para salir á la luz en la representación habitual, monótonamente...

MUCHACHAS.—Clara d'Ellebeuse es una cabecita adornada con grandes bucles áureos; tiene los ojos azules como el cielo limpio de por la mañana, y bajo la nariz—un poco grande, muy pura, la boca escarlata sonríe; va vestida con un traje de muselina blanca y deja ver en sus brazos desnudos unos hoyuelos que son otras dos sonrisas; lleva un cinturón azul celeste en el talle alto. Como es tiempo de estío, su imaginación de colegiala en vacaciones, se halla influida por el soplo tibio que se arrastra, lleno de almas de flores. Y dentro de su gentil cabecita, adornada con áureos bucles, un volcán de siluetas, evocaciones y recuerdos, bulle con graciosa incoherencia: a veces, un presentimiento de no sé qué cosas acaecidas en otro tiempo, muy lejos, sacuden su espíritu. Un tío Joaquín d'Ellebeuse, que murió en la isla de Guadalupe, y cuyo retrato se encuentra en la alcoba de Clara, tuvo unos amores misteriosos, de que la muchacha sólo conoce leves pormenores. Candorosa y vehemente, aunque un temor religioso le hace enfrenar su fantasía, acaba por ser víctima de la curiosidad; y como es una adolescente que lo ignora todo, el secreto que descubre la llena de un angustioso estupor. El secreto está en unas viejas cartas amarillentas que Clara roba a su padre: Laura, la novia del tío Joaquín, pone fin a su vida para ocultar «el triste fruto de sus abrazos».

Un día, en el campo, Clara, movida por su impulso misterioso, arroja un puñado de flores que había cogido, a los pies de su amigo, el joven Roger Fancherense, y enlazada a su cuerpo, solloza con la cabeza oculta en el pecho del mancebo.

Y otro día de Marzo, Clara, enloquecida por su ignorante vehemencia, acude al cementerio, aspira el aroma de los jacintos y bebe una botella de láudano, para no arros- trar una deshonra imaginaria que le sugiere la lectura de aquellas viejas cartas amarillas. Clara tiene entonces diecisiete años.

Almáida d'Etremont, en cambio, como ha cumplido veinticinco, y a pesar de su belleza singular no es cortejada por nadie, des- deña las normas que la sociedad le impone, y satisface sus ansias vivas de amor en un idilio campestre. Parece ser un trasunto es- ta historia, de las pastorales de Longe; pero el pequeño sátiro que allí figura, guiando una expedición de turistas, se despeña un día por la nieve, y queda yerto para siem- pre, con una blancura azulada que transe el corazón de Almáida. Almáida es madre.

Manzana de Anís, la muchacha coja, es de la misma edad que Clara d'Ellebeuse. Si no anda, ninguna deformidad se advierte en ella; pero al caminar, inclina el busto hacia un lado, como al peso de tanta gracia, por- que su defecto no le resta encanto. Es una niña mimada de los suyos y adorada de nu- merosas amigas. Si hubiera sido niña siem- pre, acaso habría conocido una perdurable felicidad; pero Juan de Arnústegui se ena- mora de ella, y ella, punzada de melancó- lia en lo más hondo del corazón, imagina que el amor de Juan es lástima, y responde con amarga firmeza que ha resuelto consagrarse a Dios, porque además, — y esto lo calla — Lucía de Atchuria le ha dicho en confiden- cia que se siente muy inclinada a Juan. Lu- cía y Juan se casan; la novia, radiante de gozo, hace a Manzana una revelación in- consciente que persuade a la muchacha coja de que el amor de Arnústegui no era com- pasión...]

Muchachas todas, de hace tres generacio- nes, maravillosamente observadas. Jammes pretende a veces resucitar lo pasado en sus obras, de suerte que, habiendo acabado de ser, se nos inunde el ánimo de una leve

amargura en la consideración del tiempo que resbala y de la repetición de cada vida en otra vida posterior; las palabras con que nosotros vertemos en un oído nuestras an- sias más puras, son un eco de las que, ein- cuenta años antes, sonaron junto a unas me- jillas tersas de mujer, que ahora ya están marchitas. Las compañeras de colegio de Clara d'Ellebeuse, acaso ya no existen, y si alguna ha sobrevivido ¿cómo sentirá en su corazón los días que van encendiendo para empujarla al sepulcro?

Con el advenimiento de un primer beso nupcial, coincide acaso un soplo de agonía. ¿Qué matiz tendrá para cada conciencia el latido del reloj en aquel punto?

Pero la frescura de esas almas entreabier- tas, tiene un valor que no se puede esfumar vanamente; allí donde se recoja todo lo que no muere nunca, irán a parar las plegarias con que llaman a Dios en sus horas de pena, Clara d'Ellebeuse, Almáida d'Etremont y Manzana de Anís.

Francis Jammes ha inmortalizado el re- cuerdo de las muchachas de antaño, de cu- yo paso por el mundo aún quedan vestigios en un viejo mueble, o cuya evocación nos es sugerida al contemplar un grabado anti- guo.

Je pense aussi aussi aux soirées ou les pe- tites filles) jouaient aux volants près de la haute grille; elles avaient des pantalons qui dépassaient leurs robes convenables, et atteignaient leur (pieds... ..leurs grands chapeaux de paille avaient de (longs rubans...

«Tengo a la vez el alma de un fauno y de una adolescente» dice; y pensando en cada muchacha, piensa en una flor • en un fruto de que la muchacha es acaso cifra. Con ese paganismo tierno, coloca a la mujer en el paisaje y da a la carne virgen un puesto en la gran armonía de la Naturaleza.

FRANCIS JAMMES, CATOLICO. Este espíritu superior, amigo de las bestias, de los árboles, las plantas y las flores, que ha estudiado con avidez y cariño, asociando a la Botánica la Poesía en delicada fraterni-

dad, este sátiro sutil que amó la carne impoluta porque era bella y porque encerraba un espíritu inmortal de infinitos matices, es hoy firmemente católico.

Su afición de lo apacible, su amor por todas las cosas, y especialmente por aquellas que la humanidad y la desventura abatieron y degradaron, tenían que acabar así, por fortuna.

En 1888 no se recataba de decir: Je parle de Dieu, mais pourtant, est-ce que j'y crois? Para él entonces, el fervor religioso y las prácticas del rito son una cosa pintoresca, que considera con discreta ironía. Posteriormente se advierte en su obra cómo le va ganando el corazón la belleza del catolicismo. Ha ido a Lourdes y le ha invadido el ánimo un raudal de inefables emociones. Su libro *Le Deuil des Privaveres* contiene ya las catorce plegarias que atestiguan su creciente fe en el Paraíso. Pocos años después, la voz amiga de otro poeta que cree, llega en ocasión favorable para persuadirlo; y hoy pone en manos de la Santa Madre de Dios *Le Rosaire au Soleil*, su última obra, que brotó, dice, como un árbol redondo alumbrado por el sol y por la luna, y cada una de cuyas hojas alaba, cantando, al Creador. Dominica, la protagonista de esta novela, quiere en su voluntad si es firme una vocación religiosa por la que al fin se decide. En sus capítulos—quince, que se corresponden con los quince misterios del Rosario—no falta un conmovedor episodio añorando las lejanas Antillas.

Francis Jammes tiene una barba negra que acaso ya irá argentándose, *pour aller au Paradis avec les ânes y la Patte Usée* (1) de su novela. A través de los lentes, mira con ojos de un azul verdoso, y cuando habla, su voz tiene la agudeza casi maullante de la voz de la gaviota. (2)

Jammes nombra por azar a Murcia en *Pomme d'Anis*. Pero acaso no sabe que en Murcia hay un cielo limpio como el de los países africanos que él ha visitado, a través del cual se destacan en peregrino consorcio palmeras árabes y cipreses góticos. No sabe que en estos días en que comienzan a brotar los tallos de los jacintos y las ramas de los jrutales se visten de blanco igual que una novia en la mañana de la boda, un alma humilde se ha sentido por él, más cerca de la Naturaleza y ha bendecido al poeta apasionado a quien el amor de las cosas llevó suavemente, hasta dejarlo sumido en el amor último Dios.

JOSE BALLESTER.

Febrero 1917.

(1) Le Roman du Lièvre.

(2) Según Marius-Ary Leblod, en un artículo del *Mercure de France*, citado por Edmond Pilon, en su opúsculo *Francis Jammes et le Sentiment de la Nature*.

Cuentos de "Oróspeda,"

POR QUÉ SE MATA UN HOMBRE...

A veces por mucho, á veces por nada. En ocasiones por exceso de dignidad, en otras, por falta de vergüenza. Por valor o por cobardía, por cuerdo ó por loco... ¡Cualquiera es capaz de adivinarlo!

En la mayoría de los casos, la noticia de un suicidio va aparejada a la eterna coletilla «ignóranse las causas de tan fatal resolución».

Y bien ignoradas fueron en el pueblo, con pretensiones de gran ciudad, en que ocurrió el hecho que voy a referir, las del suicidio de don Ramón. Fué un misterio, que más tarde, después de algún tiempo, descubrió la casualidad o, por mejor decir, la indiscreción de una mujer, cansada de ser discreta.

El suicida, héroe de esta historia, no tenía nombre y apellido más que para sus documentos oficiales, pues que nadie le llamó en la pequeña ciudad, por otro que el de don Ramón. Y aun éste, no era el suyo de pila.

Pero la costumbre, que tiene poder suficiente para hacer leyes, lo tuvo para bautizar a su gusto a este buen señor, modelo de virtudes y honrado vivir que acabó en suicida, como pudo haber acabado en usurero ó en santo.

Don Ramón era un perfecto caballero. Y lo era, porque tenía los medios suficientes para darse una vida regalada sin pedir nada a nadie y además, porque sabía paciente-mente amoldarse a las exigencias de la sociedad, empantada y severa como un juez strafalario.

Por eso en la ciudad era el hombre tipo. El modelo para todo.

Las mujeres casadas que tenían la suerte o la desgracia, de tener un marido algo libertino y bullanguero, se apresuraban a sacar el cristo de don Ramón para ejemplo del descarriado esposo.

¡A quello era un hombre!

¡Había que verle!. A las nueve, invaria-

blemente, en la cama; después de haber leído la vida de San Gervasio y rezado el Santo Rosario. Que aprendieran de él los otros, que pasaban la noche en el Casino, cuando no en casas de dudosa moralidad.

Las madres soñaban con hijos tan virtuosos como don Ramón y hasta las mismas muchachas solteras pedían a San Antonio que les concediera un novio, que marido después, estuviera rodeado de las virtudes del envidiado santo.

En su fuero interno, pensaban otra cosa, pere... sabían callar y este era su mérito.

La mujer de nuestro hombre, no cabía en el pellejo, a pesar de tenerlo bien cumplido ciertamente, al contemplar a tan virtuoso dueño y señor y dicen las malas lenguas, que en todas partes abundan más de lo debido, que doña Laura, así se llamaba la tan feliz esposa, había estado a punto de perder la razón, creyendo que su marido no era tal hombre, sino un casto y beatífico patriarca de los tiempos bíblicos. Claro es que esta creencia la destruían los tres hijos del feliz matrimonio sanotes y robustos como terneros bien cebados. En el hogar de don Ramón todo era feñibidad y contento; hasta los hijos, que estudiaban en el Instituto de la capital, hospedados en casa de una hermana de doña Laura, prometían ser tres lumbreras; los sobresalientes habían echado en ellos raíces bien hondas.

Pues don Ramón, que comía bien, que tenía una hermosa casa rodeada de comodidades, una mujer amantísima, unes hijos talentados, una salud a prueba de bomba y una moral sana y sincera, apareció una mañana en el cuarto de baño del Casino, tendido en el suelo y con la cabeza hecha papillas de un pistoletazo. Todavía cuando el juez procedió al levantamiento del cadáver, empuñaba don Ramón férreamente el revólver en su diestra, como si temiera que a

otro pudiera hacérsele responsable de su muerte.

¡Pobre mártir!

Y del registro que se practicó y de las averiguaciones que se hicieron, no se desprendió la menor cosa que pudiera dar origen a una pista.

El misterio, esa tenebrosa sombra que oculta tantas cosas en la vida, ocultó una más.

Se enterró el cadáver, lloró el pueblo entero y a poco más doña Laura pierde la razón y los hijos el curso: ¡tanta fué la pena de la familia del suicida! Este inesperado acontecimiento cambió el orden de muchas cosas.

Hasta la boda de Lucía, una de las criadas de la casa, que el día antes de la muerte de don Ramón, habíale dicho a éste y a su mujer que quería casarse y que esperaba que sus amos apadrinarían su enlace con Toñico, el hijo del fondista más acreditado del lugar, hubo de aplazarse indefinidamente. Tan indefinidamente que, cuando la hermosa zagala fué, pasado el tiempo, llamada por su ama para que señalara el día de sus desposorios, se negó rotundamente a unirse a Toñico, a quien *había plantado* sin más explicaciones.

Y fueron en balde los consejos de la señora ama y de los amigos de la casa.

Ni ruegos, ni súplicas, ni ofrendas, ni promesas, cambiaron la resolución de la gentil muchacha.

El padre de Toñico, por más que ofreció el oro y el moro, fué también desairado por la robusta moza.

Había dicho que no; de ninguna manera. Que no se casaba; ¡vaya!... Ni con Toñico, ni con nadie.

Y acorralada a lógicas argumentaciones, y molida a preguntas y deshecha a razonamientos, habló en defensa suya y habló más de la cuenta, pues que hablando descubrió la causa del suicidio de don Ramón, de quien ya empezaban a olvidarse hasta los íntimos.

No podía ella faltar a los sanos consejos del amo. Y cuando la preguntaron que cuáles eran estos consejos y la relación que pudieran tener con el asunto de su boda, echó a correr a su cuarto y del fondo de su pequeño cofre, sacó un plieguecillo de papel

muy dobladito y cuidadosamente conservado, que entregó al boticario, gran amigo del difunto y uno de los que con más tenacidad exhortaba a la chica a que cumpliera su palabra empeñada con Toñico.

Leyó el boticario haciendo muestras de verdadera extrañeza y gestos de sincero asombro y dando un suspiro muy hondo, exclamó, dirigiéndose a la viuda del virtuoso:

—¡Era un santo! ¡Un verdadero santo!— Y aparte como en las comedias, añadió: ¡Así se escribe la historia!...

Leamos el documento, que no hemos de ser nosotros menos que el boticario y su tertulia.

Decía así:

«Lucía de mi alma: ayer partiste la mía al decirme que querías casarte. No porque mi egoísmo pretenda privarte de ese derecho, sino porque mi moral no me permite consentir que seas de otro hombre, después de haber sido mía.

Yo no puedo tolerar en modo alguno que el pobre Toñico sufra tamaño ultraje. Una mujer honrada tampoco debe permitirlo. No puede hacer eso con quien ha de ser su compañero para toda una vida.

Bueno que yo te haya engañado y seducido y que tu me hayas querido con toda tu alma; bueno y santo que haya faltado a mi pobre mujer; pase que el hijo que tuvimos fuera muerto al nacer, conforme con el oprobio de que todos me hayan creído un santo y honrado varón; pero no consiento que pongas a tu novio en el espantoso ridículo de ser un *desgraciado*.

Mi dignidad no me consiente nada de esto y como sé que mis predicaciones habían de dar en hierro frío y no quiero verlas desairadas, resuelvo matarme. Estoy decidido.

Sólo te ruego que a nadie enteres de estas líneas más que en un caso extremo. Recibe un beso, el último, de tu Ramón.»

Es lógico suponer que de esta carta se enteró todo el pueblo y dicen los que en él viven, que, desde ese día, andan todos locos buscando los conceptos de dignidad, honor, moral, religión y demás altiveces del espíritu humano.

Hasta ahora sólo los han podido encontrar en el Diccionario de la Lengua.

Quizás algún día los encuentren en el libro de la vida; que imposible pareció también dar con las causas del suicidio de don Ramón y ya hemos visto que, sin gran esfuerzo, las hemos descubierto.

Y hagamos punto, no sin antes entonar, *in mente*, un responso por el alma de este virtuoso, como hay muchos.

R. I. P.

JESÚS DE MIJARES.

Respuesta debida

Sr. D. Francisco Pato Quintana.

Mi buen amigo: gustándome, como me gusta, cumplir fielmente mis obligaciones, comprenderá usted lo mucho que habré sufrido, no disponiendo de tiempo para responder hasta hoy, al elocuente llamamiento que me hizo en su hermosa carta sobre «Los Exploradores y los pájaros».

La generosa amistad con que me honra, exenta del más leve interés, que le agradezco profundamente, sabrá perdonar mi falta.

Las ocupaciones casi infinitas que embargan mi tiempo, servirán de atenuantes.

Pero así y todo, no estaré tranquilo hasta que nuestra cultísima revista OROSPEDA, publique mi contestación, porque es mucho lo que le debo como Presidente de los Exploradores.

Se trata de una Institución todavía mal comprendida, a la que menosprecian y censuran personas de justa reputación intelectual. Muchos entienden que su único objetivo es el de preparar hombres para la guerra, y, es claro, los pacíficos y antimilitaristas la miran con horror. Estiman otros que los muchachos se distraen de sus estudios por acudir a las prácticas escultistas, y no pocos Centros de enseñanza se declaran sus enemigos acérrimos. No falta quien supone que buscamos un fin político y aquí en Murcia ya me han dicho que educamos a los muchachos en conservador, como acaso en otras poblaciones digan que en liberal. El que menos, se contenta con mofarse de los que visten el campestre uniforme.

De aquí el gran beneficio que a los exploradores reporta, que hombre de la gran cultura, seriedad y patriotismo de usted, se ocupe de ellos con elogio y señale una de sus muchas y leales orientaciones.

El amor a los pájaros como a todos los animales, está incluido en la ley novena de nuestro Código, que el explorador promete solemnemente cumplir, Los instructores y los hombres

de ciencia que nos prestan su indispensable ayuda en la obra instructiva y educadora que estamos realizando, dan oportunísimos consejos para el respeto y protección de las aves. Conocen los que asisten a nuestras conferencias y excursiones, el gran servicio que a la agricultura prestan los pájaros y hasta muchos insectos que antes parecieron repugnantes y destructores.

Recuerdo que al empezar nuestra propaganda hubo chico que gastó su pequeño ahorro en adquirir pájaros aprisionados y, con verdadera alegría, los soltó en el Parque de Ruiz-Hidalgo. Su corazón y su inteligencia ganaron mucho con tales actos.

Creemos que todo muchacho que suelte un pájaro y lo devuelva a la Naturaleza para que en ella preste sus grandes servicios, realiza una buena obra y merece aplauso, pero que es preferible aficionarlo a no cogerlos, ni matarlos y sobre todo a procurarles medios de vida.

Las sueltas de pájaros, llevadas a efecto como fiesta educadora, suelen ser contraproducentes. Los golfillos, sabiendo que se las pagarán bien, se dedican a la captura de las pequeñas aves, y muchas de las que caen en sus lazos y trampas perecen o se lesionan. En el deseo de conceder libertad a muchos pájaros, algunos chicos llevan aves de lujo, de climas muchos más cálidos, que no pueden vivir en pleno aire o son devoradas por las de rapiña.

Por eso lo mejor es que no haya prisioneros y aficionar a los niños a que no los toquen ni les hagan daño.

Y sobre todo crear el bosque, plantar muchos árboles, que es donde el pájaro tiene el refugio para formar sus nidos y despensa para cubrir sus necesidades.

Con nuestros exploradores acudimos todos los años a la celebración de la fiesta del árbol. A ella concurren las bandas de música y se canta con toda solemnidad el patrótico himno que escribió Benavente. Esos árboles que se plantan, mantendrán el día de mañana a gran número de pájaros.

Pero si las cornetas y tambores festejasen la suelta de los pájaros, para muchos de ellos equivaldría al toque de clarín que anuncia en las plazas de toros el martirio de inocentes animales.

Coincidiendo usted y yo en el amor a los pájaros y en la necesidad de predicarlo, ha de sernos muy grato que en cada explorador encontremos un fervoroso propagandista de nuestras convicciones.

Y bueno es que se divulgue lo que enseñamos a los muchachos para que cesen las críticas y aumenten los entusiastas.

Suyo buen amigo s. s. q. e. s. m.

ISIDORO DE LA CIERVA

Abril 1917.

VERSOS INÉDITOS

De la vieja Castilla.(EVOCAACION)

Loado sea Dios que aun guarda los tapiales
del mesón castellano, do vivió el buen humor,
y triunfaron los siete pecados capitales
al amparo de un pueblo todo vida y amor.

Loado sea Dios que aun guarda para hogaño
este viejo incensario que aroma a la poesía
de una etapa prosaica, sin ingenio al engaño,
envuelta en una niebla de ruin melancolía.

Estas ruinas evocan un pasado dormido,
que trae a nuestra mente las livianas liciones
de aquellos malandrines que hablaban al oído
y aliviaban sus cuitas con floridas canciones.

Evocación doliente de la vieja comparsa
de pícaros, tahures y hampones de la tuna,
que acallaban el hambre ensayando una farsa
o rimando sus versos a la luz de la luna.

De arrieros, trajinantes y valientes de oficio,
que enredaban su vida, loca y aventurera,
en pendencias ruidosas y en degradante vicio
con la *doña Tolosa* o *doña Molinera*.

Evocación muy clara de los gachos sombreros,
de las luengas guedejas y aquilinos perfiles,
de donjuanescas capas para los embusteros
que en el tinglado hacían los tipos más gentiles.

¡De la tragicomedia y de la odisea
los tipos ideales, eternos y disformes!
¡La vieja Celestina aun ronza a Melibea,
y aun va por los caminos Lazarillo de Tormes!...

¡Tiempos de poesía, rudos y legendarios!
Eclosión vigorosa de aquella raza fuerte
de fieros guerrreadores y ascetas visionarios
que elevaron su vida despreciando la Muerte.

¡Compleja edad absurda de abnegación y odio,
de hazañas y vilezas, de sombras y de luz,
en que nacieron juntos Quijano y Monipodio,
Ginés de Pasamonte y San Juan de la Cruz!...

De aquel pueblo bizarro sólo nos queda el eco
que han guardado los fastos de la humana tramoya,
y el retrato en los lienzos de Velázquez y el Greco
y en los acres *Caprichos* de don Francisco Goya.

TOMÁS MORALES



LOS VIEJOS CAFÉS

—¿Adónde va usted, don Antonio, con esta tarde tan gris y tan glacial?

—Se lo diré a usted con franqueza. Voy a matarla, charlando en el café con mis amigos los viejos federales. Me falta luz en el estudio para acabar unos retratos, y he resuelto hacer tertulia en mi rincón del café, oyendo hablar de las peripecias del Cantón Murciano, que ya sabe a cosa histórica.

—Puede usted, amigo don Antonio, ahorrar pasos y venir conmigo a este café del Siglo, donde formamos tertulia varios amantes del arte y de las letras. Entre usted y verá qué rincón tan delicioso tenemos aquí.

Entramos. Don Antonio Meseguer era un buen pintor y sólo de sus pinceles y lecciones vivió, aunque no holgadamente, hasta los 63 años, en que Dios se lo llevó. Se lo llevó seguramente, porque Meseguer, como hombre, era muy bondadoso, era más bueno que como artista.

Mis amigos de tertulia le hicieron puesto, y puesto de honor, porque el veterano maestro era un hablador amenísimo. Pasó sus mocedades en París y en Madrid, y de aquella vida bohemia sacaba siempre temas pintorescos para sus charlas deliciosas.

La conversación vino a recaer precisamente en estas piñas de café, que nacen y se forman por la comunión de afectos y de gustos, sin que nadie las organice, sin que las rija reglamento alguno, y en las que, sin embargo, impera una puntualidad casi de ordenanza, y cada tertuliano tiene su puesto por nadie disputado.

Meseguer, sin abandonar el tema iniciado, nos hizo la siguiente pintura de uno de los viejos cafés madrileños, coetáneos del famoso figón del tío Lucas, mapa de las judías estofadas, en el desaparecido callejón de Sevilla.

«Era yo entonces—decía—concurrente asiduo de cierto café farandulero y estudiantil, situado en la calle Ancha, con vistas a la antigua de las Boatas.

La sala era larga y no muy holgada. A la izquierda tenía acceso un departamento que nombraban *La Tuna*, donde estaba el villar, siempre

asaltado de estudiantes, y al fondo abriase un misérrimo escenario con los precisos menesteres para que una desmedrada compañía de actores inválidos (uno de ellos ciego de *gota serena*) representara a la buena de Dios «La casa de Campo», «Robo y envenenamiento», «¿Come el duque?», «Enmendar la plana a Dios» y otras piecitas románticas, picarescas ó sencillamente paradisiacas.

Cada uno de estos actores salía a beneficio por semana, y el beneficio consistía en zarandear la bandeja de mesa en mesa. No siempre se retiraba rebosante, pero, en fin, alguna calderilla caía. Tal cual parroquiano adventicio solía correrse depositando ceremonioso una peseta, que el postulante admiraba con ojos codiciosos.

Pero esto era *rara avis*. Porque la tertulia era allí invariable, salvo la excepción apuntada. Un ángulo del salón, el primero a la diestra entrando, intitulábanlo *La farándula* y lo usufructuaban, por juro habitual, cómicos descolocados que solían rifarse los cigarrillos y tomaban cafés comanditarios, o sea uno para dos, cuando no había terno.

El rincón de la izquierda era *El Ateneo*. Allí se congregaban los hombres juiciosos, charadistas empedernidos que habían cultivado esta tortura mental años y años en la mesa «de trabajo» de algún negociado de Pósitos ó de Calamidades públicas; críticos a la pata la llana que celebraban el reciente estreno de «El nudo gordiano» como el triunfo más estupendo que conocieron los mortales desde Eurípides a Pelayo del Castillo, pasando por Calderón; y, finalmente, hombres provecos, honrados tipos de la burguesía media, gustosos de la charla erudita y culta, en la que, sin osar meter baza, asentían cen expresivas cabezadas a lo que decían tirus y troyanos en las polémicas virulentas.

En las mesas centrales veíanse todas las noches los mismos grupos familiares, deliciosamente taboadescos, atraídos por las representaciones cómicas, cuya labor aplaudían rabiamente.

Uno de los asiduos contertulios del *Ateneo* era un viejo pescadero del mercado de los Mostenses, nacido en Huelva, que en sus mocedades había picado toros en la cuadrilla del *Salamanquino*. En el mercado le llamaban el tío Juan, pero en la tertulia del café se le nombraba respetuosamente el señor Juan Fernández, por

que, aunque hombre ordinario, era formalote, redicho y muy aficionado a escuchar temas de ciencia y de viajes.

Sobre todo de viajes. Se pirraba por ellos. Ver mundo hubiera sido su ideal. Por serlo, siquiera en parte, se hizo torero montado; pero en sus correrías nunca salvó ni en un jeme las fronteras de España. Por eso se embobaba cuando alguno amenizaba el delicioso rincón del café refiriendo impresiones de París, de Londres, de América.

Ponia en aquellas charlas una atención y una curiosidad de estudiante aplicado, y alguna vez no faltó quien desarrollara asuntos inverosímiles para probar la credulidad infantil ¡del señor Juan.

Una noche se concertaron varios tertulianos para sacar de sus casillas la admiración candorosa del viejo andaluz, y comenzaron a referir estupendos prodigios naturales. Quién había visto en las Pampas un eclipse de sol que duró tres días «con sus tres noches.» Quién relataba un caso de lluvia de peces de colores que alfombró las calles de California de estos irisados animalitos. Finalmente derivó esta serie de bulos improvisados en el fenómeno del eco de los Andes.

— Si vieran ustedes—decía gravemente el orador de turno—qué misterio el de esos desiertos montes, hendidos a trechos como por un hacha titánica, llenos de precipicios y oquedades rumorosas... Yo he visto la serie de bóvedas de los

cuarenta y siete ecos. Y es maravilloso pronunciar allí el nombre de España y oirlo repetido, fuerte y sonoro, cuarenta y siete veces, cual si otros tantos invisibles gnomos lo emitieran escalonadamente.

—Hombre—se atrevió á interrogar el señor Juan—y ese fenómeno ¿no varía ni se equivoca nunca?

—¿Cómo va a variar, señor Juan? ¡Sería absurdo!

—Absurdo no, cuidaito!—replicó el viejo picador.—En Huelva tenemos un eco que le echa la pezuña a ése y lo deja así tamañito, ¿usté me comprende? Verasté, buen amigo. Ese eco de los Andes da cuarenta y siete golpes ¿no es esto? Bueno; pues el de Huelva no da más que uno, pero acorde... vamos, como una persona, manque no valga la comparación.

Los guasones del *Ateneo* aguzaron la atención, y el señor Juan, como quien se ha comido la partida, prosiguió grave, pero con las de un miura:

—Una tarde ¿ustés me entienden? iba yo por la sierra, y al llegar al paraje ande está el eco, se me antojó abocinar las manos en la boca y decirle:

—¡Buenas tardes, señor Eco!

¿Y ustes saben lo que me contestó? Pues me contestó así como enfadao:

—¡Vaya usté a haser piruetas, tío Juan Fernández!

JOSÉ FRUTOS BAEZA.

POETAS EXTRANJEROS NOCHE

(DE FOGAZZARO)

Antonio Fogazzaro nació en Vicenza en 1843. Fué discípulo de Zanella, estudió el derecho en Turín y demostró grandes aptitudes para los estudios más heterogéneos. Pronto se distinguió como poeta y novelista extraordinario. Son célebres su Miranda, delicadísima novelita en verso; Valsolda, que es un inspirado canto a la Naturaleza: los Intermezzi poétichi, y varias novelas en prosa, entre las que sobresale El Santo, que le ha conquistado una fama universal. Fogazzaro tiene analogías con Platen y Lenau, y algunos le han denominado el Heine italiano, sin que estas coincidencias arguyan nada en contra de su indiscutible originalidad.

LAS CAMPANAS DE ORIA

Ya en occidente palidece el cielo,
La hora presente—es de tinieblas.
¡De genios infernales,
Libra, oh Dios, a los mortales!
Oremos...

LAS CAMPANAS DE ÓSTENO

También nosotras sobre las aguás,
Dónde solas estamos,
Profundas voces damos.
De espíritus infernales,
¡Señor, libra a los mortales!
Oremos...

LAS CAMPANAS DE FURIA

También a nosotras,
Remotas en las alturas
De las montañas oscuras,
Oye, ¡oh, Señor!
De genios infernales
Liberta a los mortales...
Oremos...

ECOS DE LOS VALLES

Oremos...

TODAS LAS CAMPANAS

Nace la luz y muere; y a su paso

¿Qué resta de la aurora y del ocaso?
¡Oh Señor! Todo,
A excepción del Eterno, en este mundo
Es vano...

ECOS DE LOS VALLES

¡Es vano!

TODAS LAS CAMPANAS

Oremos, sí, con llanto,
En la cumbre y el valle
Por muertos y vivientes,
Por tan ta culpa oculta y dolor tanto.
¡Piedad, Señor!
Todo el dolor
Que a tí no ruega,
Todo el error
Que aquí te niega,
Todo el amor
Que no se pliega
Perdona, oh santo!

ECOS DE LOS VALLES

¡Oh Santol

TODAS LAS CAMPANAS

Oremos por los durmientes
Del cementerio,
Sean culpados, sean inocentes;
Y tú, Misterio,
Sólo tú sabes...

ECOS DE LOS VALLES

Sólo tú sabes...

TODAS LAS CAMPANAS

Oremos, por el profundo
Sufrir del mundo;
Que todo vive y siente.
Ama y se apena
Por juicio arcano del Omnipotente.
Hayan paz las montañas y las olas,
y el bronce que resuena
Haya paz!...

ECOS DE LOS VALLES

¡Haya paz!

FRANCISCO DIAZ PLAZA.

DE OBRERISMO CATÓLICO

Contestación al señor Cánovas

Un amigo mío me pide una aclaración.

Amigo, porque aparte de que los inmerecidos elogios con que me feria su galano y bello decir motivan mi gratitud, es amigo mío toda persona en quien mis pobres ideas susciten observaciones, dudas o contradicciones, movimiento en fin en cualquier dirección o sentido que sea, alegrando con ello mi corazón con el testimonio de que en otros cerebros logran aquellas la prueba de ser pensamiento, puesto que comunican movimiento, esencia del pensar según Hegel, pensar que cuanto más puro, más polémico es.

«¿Cómo diferenciar o distinguir prácticamente a los protectores o aconsejadores que con la bandera del catolicismo entre sus manos y el alma llena de buenos fines y nobles soluciones se acercan al obrero, de aquellos otros entusiastas de la acción católica popular porque ven en el catolicismo un sistema de policía barata?»

En primer lugar la manera más fácil de distinguir unos de otros es una manera inexplicable, pero visible, que distingue al que va con un fin noble del que persigue un fin vil: la hipocresía imita la virtud y la honradez; pero estas hijas legítimas de un beso del Cielo sobre las almas leales tienen un porte señorial propio de ciudadanas del Reino de Dios, que la bastardía de la astucia y el engaño no puede copiar. Singularmente cuando se trata de la palabra hablada, basta un adarme de cuidado: no os contentéis con oír la materialidad de las palabras ni siquiera con profundizar la materialidad de las ideas (que también tienen su materialidad); mirad los ojos de quien os habla, clavad vuestra mirada en la suya; atended a sus visajes, y sin saberlos explicar cómo, distinguiréis las líneas de la noble emoción de las líneas que son una mueca de fingimiento; cuidado con la entonación de la

voz, y distinguiréis la voz en la que se oyen las vibraciones del corazón que van al unísono con las palabras, de aquellos gritos que en el fondo no son sino un esfuerzo para ahogar la voz de la conciencia que clama: «Infame, profanas el don excelsa de la palabra, de la palabra humana, reflejo del Verbo Divino»; y en este nuestro caso: «Infame, infame, frente tu vileza serían peccata minuta tomar el Nombre de Dios en vano y jurar en falso; tomas el Nombre de Cristo, del Dios Hombre, del Humilde para que no sea costosa la explotación de los humildes; quieres arrancar los clavos de la Cruz del Redentor para en tu alma, sótano del infierno, convertirlos en grilletes de los pobres!»

Otros medios? Los medios de distinguir unos de otros ya los indiqué con perdón del señor Cánovas y del distinguido señor que me honró con su reseña en mi querido «Diario Popular» de mi conferencia o discurso:

En ésta o éste señalé como razón principal por la que veía digna y honradamente escrito el título de Católico en el frontispicio del «Centro Católico de Obreros» que en aquella casa se prestaba a los obreros un auxilio no cualquiera, no un mero auxilio para subsistir, sino un auxilio que es *un arma*, la cultura, la ilustración, *armas que pueden ser vueltas contra aquellos mismos patronos sociales el día de mañana.*

Allí presenté también a los hombres que quieren por interés capitalesco-católico al obrero, exhortando a los obreros a que esperando gozar de las dichas eternas en Dios en compañía de la Virgen María y de los Angeles y Santos del paraíso, se resignen a ser explotado en esta vida, sin pensar en huelgas, ni mejoras legales, en sindicatos ni cooperativas: no sólo dije mejoras legales, sindicatos y cooperativas, sino también huelgas, significando que el que en todo caso y circunstancia es enemigo de la resistencia obrera es o se halla próximo (con malicia o por error) a la ciénaga que escupe el fango de sus intenciones sobre las páginas del Evangelio.

El nombre de Catolicismo—dije—ha de representar a Dios que es Amor, según la excelsa expresión de San Juan, revelándose a Sí Mismo, y como que el amor según

aquella descripción jamás superada ni superable de San Pablo, confía y espera, nada teme y nada recela, ha de mostrarse el Catolicismo con aquella amplitud valiente a fuer de amorosa con que el propio Apóstol de las Gentes alentaba a los amados discípulos que adoctrinaba en Cristo para que cultivasen cuanto fuera elevación de entendimiento, cuanto fuera ir a lo alto por las vías del saber y la belleza.

Tales fueron mis palabras, y seguro estoy de que a la inteligencia del señor Cánovas Albarracín habrá bastado las haya yo recordado sin necesidad de que las aclare, para que de ellas, si algo valen para quien se honró con su cariñoso artículo en OROSPE-DA, pueda extraer una lista numerada de criterios distinguidores.

PEDRO FONT Y PUIG.

Los Conspiradores

(Episodio murciano
de la guerra de Sucesión).

I

El año de gracia de 1707, debió de tener poquisima gracia para los buenos y leales murcianos que, desde 1705, venían discutiendo a tiro limpio si había de morderles un galgo o un podenco. En esta sazón, y mientras oían ladrar al perro del vecino, sintieron cómo les ataraceaba las carnes pedadoras el perro de casa, y a rastras les bajaba de la higuera donde estaban encaramados desempeñando un triste y desairado papel. Los enemistados canes eran el Duque de Anjou y el Archiduque de Austria.

Para la función de la guerra y atenciones de defensa de la capitalidad del reino, la ciudad se había valido de las milicias voluntariss reclutadas por el Municipio y por nuestro guerrero obispo don Luis Belluga, que tenía alzado banderín de enganche en las *casas episcopales* (hoy casas de los herederos de Braco). Pero las circunstancias eran

cada día más duras y apremiantes; y las deserciones, que habían dado mucho que hacer desde la expedición militar a Alicante, exigían que aquella gente bisoña y madurada en los oficios de la paz, fuese emplazada o al menos sostenida por soldados veteranos endurecidos en las fatigas de la guerra.

Ya en su tiempo, lo había advertido, por cierto muy donosamente, nuestro gran Cascales, cuando dice: «Los hombres muelles, galanes de Meliona, músicos de guitarra, pescadores de caña, cazadores de liga, bordadores, confiteros, bodegoneros, padres de la gula, oficiales de banquetta, y otros de este linaje, ni les quiere el Dios Marte, ni los llama la caja». Es el caso que el Duque de Berwick había situado para custodia de la ciudad y su huerta y campo, siete regimientos de infantería y cinco de caballería; y esta soldadesca indisciplinada, de la que no hubiera dicho Calderón de la Barca su famosa frase de que «el ejército es una religión de hombres honrados», comenzó a cometer toda clase de fechorías, atropellos y desmanes en la cuestión de alojamientos, exigiéndoles en forma violenta y agresiva sin respeto a los vecinos ni a las ordenanzas del Concejo.

Los moradores de las casas eran arrojados de ellas, habiéndose dado muchos casos de poner en la calle a los enfermos y moribundos; soltaban los animales de labor y los ganados para colocar cómodamente sus caballos; despilfarraban con gran escándalo los víveres que obtenían de grado o por fuerza; rompían los muebles, aperos y utensilios, sólo por furor vandálico; los trigos y cebadas eran segados para emplearlos como forraje. Y hasta los zarzos con los gusanos de la seda, delicia y esperanza del huertano, eran tirados a los ejidos para colocar en su lugar los pertrechos y cabalgaduras.

La indignación del vecindario estalló al fin en forma de ruidosa protesta, y el Ayuntamiento se unió a ella, acordando enviar a la Corte a uno de sus regidores para que diese cuenta al Rey de lo que sucedía por aquí. Pero la Corte, por necesidades de la campaña vivía precariamente, corriendo entre la gloria y el infierno como el alma de Garibay, inhibiéndose cada día más de las demandas de las ciudades adictas, a las que dejaba

abandonadas a sus propias fuerzas, y así, Murcia fué cayendo en una especie de cantonalismo, en una mansa anarquía, agravada por los horrores de la guerra civil.

A pesar de estos y otros muchísimos trabajos que sería prolijo referir, Murcia continuó siendo borbónica en grado máximo, debiéndose su entusiasta adhesión a la causa del Duque de Anjón, más que a convicciones populares, a la sostenida e intensa labor catequista del Obispo, secundada con gran decisión por el Inquisidor don Fulgencio Rosado, y el cabildo municipal, que en esto de reprimir tenían «mano de acero y guante de terciopelo». Golpe y de grandísimo efecto, fué el auto de prisión «fulminado» contra los frailes Capuchinos, poniéndoles por cárcel el propio convento y por vigilantes a los hijos-dalgo mandados por don Simeón de Molina. El Inquisidor les acusaba nada menos que de reos de alta traición.

La intervención del terrible tribunal llevó la consternación al ánimo de los partidarios del Archiduque, que realizaban medrosamente y en secreto una propaganda parecida a la de los llamados *laborantes* de Cuba, cuando aquella isla era colonia española. Los más tímidos justificaban su silencio recordando los versos de nuestro gran satírico:

«Santo silencio profeso,
No quiero amigos hablar
Pues dicen que por callar
A nadie se hizo proceso.»

y aquello otro de: «Con la Inquisición, chitón». De Madrid traían noticia de que el regidor murciano don José Felices Ladrón de Guevara, caballero del Hábito de Santiago, había muerto misteriosamente en la cárcel que se hizo en la calle de Jacometrezo, en las casas de Escorziatigo, donde estuvieron presos los sublevados contra Felipe V. No hubo contra él más que pruebas indiciarias, sospechas, por haberse pasado al campo del Archiduque su yerno el Marqués del Villar, que se marchó a Barcelona. Se enterraron en la bóveda de la iglesia de San Basilio, y

se dijo entonces, y lo creyó todo el mundo, que le habían dado garrote secretamente.

La ciudad había puesto guardias y centinelas en las puertas y portillos del antiguo y amurallado recinto; pero como las defensas del sector comprendido entre la Puerta de Orihuela y la de Castilla, estaban derruidas, los comisarios del enemigo entraban y salían con relativa facilidad, ponían pasquines en las esquinas, hacían circular de mano en mano papeles clandestinos «melancólicos y contrarios al Real servicio», como decía el célebre Rejón de Silva, y alentaban con dádivas y halagadoras promesas a los tibios y descontentadizos. Hasta el impresor Vicente Llofriu, que lo era del señor Obispo y del Santo Oficio, se permitió publicar un folleto de 14 páginas en 4.º dedicado al Tribunal de la Inquisición, escrito en verso y que empezaba así: «Impulso métrico»... Los teólogos y juristas declararon que el papelucho contenía «proposiciones injuriosas, causativas de discordia y discusión contra el hecho a que se refiere». Como medida preventiva metieron en la cárcel a Llofriu, y encargóse a don Diego Rejón de Silva que decomisara cuantos ejemplares hubiese en la imprenta, instruyendo contra el autor é impresor del pecaminoso folleto el correspondiente proceso.

Dejemos a estos aprendices de rebelde en manos de la justicia, que entonces era muy prolija en el correr de la pluma y el señalamiento de costas; y en otro artículo veremos cómo terminó esta conspiración que en los tiempos presentes, más dichosos que los pasados, se hubiera resuelto benignamente merced al gran derivativo humoral de la oratoria. Tirios y troyanos, austriacos y franceses, en vez de concluir en la horca, que es una postura muy incómoda, hubieran concluido viendo a los oradores del partido echar por sus áureas bocas el raudal de flores retóricas, tropos, figuras poéticas, cintas de colores y estopas encendidas.

JOAQUÍN BÀGUENA.

(Concluirá).

ACTUALIDAD LITERARIA

El teatro benaventino y las críticas de Pérez de Ayala

En su reciente libro *Las máscaras. Ensayos de crítica teatral*, el conocido publicista don Ramón Pérez de Ayala consigna, de un modo categórico, esta afirmación: «Los únicos valores positivos de la dramaturgia española moderna son Galdós, y en un grado inferior de la jerarquía, los Quinteros y Arniches.» Poco después, al ocuparse en *El Imparcial* del estreno de la última obra de Benavente *El mal que nos hacen*, aclara algo aquel juicio, pero ratificándose en él obstinadamente.

La opinión, expuesta sin eufemismos, del señor Pérez de Ayala ha sido comentada y rebatida en *El Liberal*, de Madrid, por don Luis de Oteyza y don Mannel Machado. Ambos la impugnan por adolecer entre otras injustas omisiones, de la del insigne Benavente. Para responderles y razonar su aserto, el distinguido crítico ha iniciado en *Nuevo Mundo* una serie de artículos, de que hemos de hacernos eco, en estas columnas, por el gran interés literario que entraña, dada la competencia del censor y la alta personalidad que se quiere discutir.

Al maestro Benavente se le tiene por la figura más culminante y el cultivador más meritísimo de nuestro teatro contemporáneo. Su abundante y selecta producción dramática y sus repetidos éxitos le conquistaron pronto un glorioso renombre. Sus famosas comedias *La noche del sábado*, *La escuela de las princesas*, *Lo cursi*, *Rosas de otoño* y tantas otras han recorrido en triunfo todos los escenarios de España. Había creado un arte exquisito, de elegancia suprema, y un estilo brillante, personalísimo, inconfundible. Las agudezas chispeantes de su ingenio sutil y la galanura de su lenguaje correcto, pulcro, atildado sin afectación, presentaban en cada nueva obra más espléndidas facetas.

Nadie como él había pintado la frivolidad galante y el alma femenina ni había satirizado con más amable aticismo los vicios de nuestra egoísta burguesía y de nuestra aristocracia banal. El gran talento de Benavente no osó traspasar los discretos límites de la comedia apacible, que es el campo de sus grandes aciertos y de sus seguros triunfos. Nadie le regateó esta bien merecida gloria.

Más la culminación de su arte y de su fama llegó con el estreno de una obra que todos calificaron de genial, de su bellísima «comedia de polichinelas» *Los intereses creados*. Aparte de su honda filosofía y de los hermosos pensamientos que la abrillantan, su forma y desarrollo parecieron ingeniosísimos, de una originalidad deliciosa. «Es una farsa *guñolesca*...—dice Crispín en el *Prólogo*:—sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos e fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles a poca luz y al más corto de vista.»

En realidad, la idea de este simbolismo *guñolesco* era un acierto feliz, un venero inagotable de inspiración aun para otra imaginación menos fecunda y luminosa que la de Benavente. Su triunfo fué clamoroso, como no se conocía desde muchos años atrás. Su crédito de innovador, de creador de nuevas corrientes teatrales, que entre muchos intelectuales ya disfrutaba, quedó entonces definitivamente consolidado. Se derrocó al antiguo ídolo: Echegaray quedó destronado de su soberanía escénica, y fué alzado en su puesto el admirable don Jacinto.

* * *

Varios años antes del estreno de *Los intereses creados*, en el número 28 de la autorizada Revista *La Lectura*, correspondiente a Abril de 1903 (págs. 607 a 609), apareció un artículo bibliográfico de don Ramón Pérez de Ayala, dedicado a reseñar la obra *Teatrillo* de los señores Millares Cubas. De este artículo sacamos las interesantes líneas que siguen: «Es género literario éste muy conforme con el espíritu filosófico-idealista de nuestro tiempo... Maeterlinck lo llamó teatro estático, y también teatro para marionetas; denominaciones no muy exactas

en su primera parte, ya que *teatro es cifra* que supone una tradicional concreción; representativas y bellas en su parte segunda; *estático*, en oposición a *dinámico*, de acción *incoativa*; *para marionetas*, por cuanto, las personas que en él intervienen son simples signos exteriores y aun apariencias de almas, muñecos arrastrados por hilos invisibles de leyes ignotas.»

Cuando, algunos años después de haber escrito las anteriores líneas, el señor Pérez de Ayala asistiera al estreno triunfal de *Los intereses creados*, ¿pudo juzgar originales la idea y la traza de esta comedia?

* * *

Hemos dicho que *Los intereses creados* fué la culminación del teatro benaventino. Después de este ruidoso triunfo, casi una apoteosis, el numen del insigne comediógrafo comienza a decaer visiblemente. Su arte se va encauzando poco a poco por nuevos derroteros. Aférrase, si, al sistema simbólico, tan magistralmente adoptado en aquella obra; pero sus personajes y caracteres son más *borrosos*, de menos relieve, va *amenguándose* aquél su soberano dominio de la acción y en sus nuevas tramas el interés se debilita y el desarrollo es cada vez más *lánguido*. En cambio parece que se inspira en cierto *doctrinarismo* tendencioso; y, de acuerdo con él, su dicción, siempre brillante, exquisita, *elegantísima*, pierde naturalidad y se hace más *retórica*, más *sentenciosa*, *declamatoria* y *enfática*. Busca afanosamente las bellas frases, los pensamientos sutiles y *alambicados* y los graves *consejos*. Casi todos sus personajes son predicadores que nos *colocan* irremisiblemente un lindo sermoncito. Se diría que escribe para un público de *catecúmenos*.

Esta nueva orientación del ilustre maes-

tro se manifiesta ya claramente en *El collar de estrellas* y se acentúa después en *La ciudad alegre y confiada* y en su última producción *El mal que nos hacen*.

El señor Pérez de Ayala ha patentizado y censurado en sus críticas todas estas evoluciones del teatro benaventino. Las ha puesto de manifiesto acaso con excesiva acritud, sin tener para nada en cuenta la inviolabilidad que se suele conceder a ciertas consagraciones. Nosotros creemos en el desapasionamiento y en la buena fe del señor Pérez de Ayala; pero los admiradores fervorosos e incondicionales del gran comediógrafo ven en las críticas de aquél cierto encono e irrepetuoso desacato. «En cuanto a mi enemiga al señor Benavente, --escribe sincerándose-- puesta la mano sobre el corazón, creo que, en el fondo, le estimo más que sus aduladores y secuaces, todos juntos, y hasta me hago la ilusión de que por parte de él hay reciprocidad. Huelga añadir que jamás me han movido contra el señor Benavente estímulos de torpe linaje o de naturaleza inconfesable.»

Concedémoslo así. Más la afirmación del eminente crítico es sin duda errónea y excesivamente aventurada, al conceptuar la labor de Benavente como un «valor negativo», como un *gongorismo* funesto de nuestra literatura teatral. Hay en ello una ostensible injusticia o una imprudencia temeraria. De que el Sol tenga manchas no se deduce que no sea extraordinariamente esplendoroso ni astro de primera magnitud.

Recogeremos, sin embargo, atentamente los razonamientos y explicaciones con que el señor Pérez de Ayala promete apoyar en los artículos sucesivos su peregrino aserto.

JUSTO GARCÍA SORIANO

SECCIÓN POÉTICA

(De colaboración espontánea)

¡Resurrexit!

Voltea fuerte, campana.
En llamaradas de amor,
se da la hermosa mañana
a los rosales en flor.
Voltea fuerte, campana.

* * *

Es Jesús el hombre tierno,
el sublime enamorado,
que alza su reir eterno
al infinito azulado.

Alza la frente. El suplicio
ha puesto angustias en ella
y es, después del sacrificio,
si más marchita, más bella.

¡Gloria! La fuente de vida
vuelve a correr, resbalando
por la pradera florida
que la recibe cantando.

*

Voltea fuerte, campana.
En llamarada de amor,
se da la hermosa mañana
a los rosales en flor.
Voltea fuerte, campana.

*

¡Oh, Señor! cuánta ternura
hay en tus ojos! Tu amor,
que es llama de sol, fulgura
deslumbrante y triunfador.

Eres todo Luz. Tu acento
levanta los corazones.

Eres todo Esencia. El viento
lleva tus emanaciones.

Eres todo Amor, sagrado
Jesús; Amor y Bondad.
Eres lo nunca gastado:
la Vida la Eternidad...

¡Oh, Señor, alza la frente;
frente de luz bendecida
que brillará eternamente
en el ardor de la vida!

*

Voltea fuerte, campana.
En llamaradas de amor,
se da la hermosa mañana
a los rosales en flor.
Voltea fuerte, campana

A. MONTORO.

Primavera

Del invierno pasaron los rigores
y brindando vigor y lozanía,
te presentas, gentil, con la alegría
del trinar de los pájaros cantores.

Ofrece al campo el césped sus verdores,
horas la noche va cediendo al día
y forman un conjunto de armonía
pájaros, luces, rosas y colores.

Del año esta estación es esperada
con fruición entusiasta y verdadera,
pues es por el mortal la más ansiada

y con justa razón apetecida,
que no es en sí tan sólo Primavera
sino la primavera de la vida.

JULIO HERNANDEZ.

BIBLIOGRAFÍA

LA NUEVA LITERATURA, por R. Cansinos Assens. (Tomo 1.º)

Un libro de evocaciones, por donde van desfilando figuras actuales, consagradas unas, discutidas otras, que han surgido a la vida de las letras desde las postrimerías del siglo XIX, para correr en pos de la bandera de evolución que por los intransigentes se bautizó con el nombre de modernismo, cuando tantos aspectos y matices ha cobijado.

Cansinos Assens, de aquellos innovadores, recuerda los días en que la legión de jóvenes paladines luchaba por pergeñar a la Belleza con nuevos indumentos, en armonía con las exigencias del tiempo, que lo había trocado todo ya.

Las siluetas de los legionarios del Arte se suceden de una manera peregrina. Habla una voz apasionada, pero el propósito del autor es de ponderación relativa, de suerte que cada uno ocupe su lugar; y se da el caso de que hay figuras en primer término, indecisas y como esfumándose, y otras de planos secundarios que adquieren una precisión de detalles o un interés tan grande como si hubiesen sido relegados atrás por equivocación.

Pero en las páginas vibrantes, donde las imágenes se suceden vertiginosamente, a veces en simbolismo nebuloso, a veces en formidable galopar, como aquellas críticas de Rubén—Los Rares—que llegan a producir fatiga, en esas páginas hay un continuado aliento de honradez que conforta, y si a la postre consideramos este libro, como un himno al ideal que ha triunfado, con sus clarinazos épicos en loa de Villaespesa y con la suavidad a que pasa, recordando muchas veces—al escondido Juan Ramón, venga en buena hora a deleitarnos.

J. B.

ELEVACION. (Nuevos Poemas). Amado Nervo—Madrid, 1917.

Es Amado Nervo uno de los mejores poetas actuales. Su nombre, aunque a veces se encuentra en las revistas ilustradas, no ha llegado a ser tan conocido como los de Rueda, Villaespesa o Carrère, a los que es superior sin duda alguna. Poeta de emoción, sutil y delicado, ha escrito bellísimas poesías que exhalarán perdurablemente su fragancia; recordamos *La hermana Melancolía*, *A Kempis*, *Esta niña dulce y grave...* Ahora acaba de publicar *ELEVACION*, un pequeño

volumen, sencilla y elegantemente editado, donde su musa dirige pura y fervientemente sus palabras a la eternidad clara donde mora la amada. Las huellas que el amor humano dejó en «SERENIDAD» se han borrado aquí, y con estas oraciones sinceras se abren hacia el azul inmaculado las alas de blancura del poeta.

Ved estas bellas poesías al dolor y a la muerte:

¡OH DOLOR!

¡Oh, dolor, buen amigo, buen maestro de (escuela, gran artífice de almas, incomparable escuela para el corcel rebelde... hiere, hiere hasta el fin!

¡A ver si de ese modo,
con un poco de lodo
forjas un serafín!

¡OH MUERTE!

Morir es un verdadero acto filosófico

NO VALIS

¡Oh muerte, tú eres madre de la filosofía!
Tu ennobleces la vida con un ¡Quién sabe! y (das
sabor a nuestras horas con tu melancolía.
En todo lo que es grande: dolor, amor, tú estás.

Arco triunfal de mármol negro, por donde (de pasa,
dignificada, el alma que sin cesar luchó,
cual héroe taciturno: regalo, abrigo, casa,
de quien desnudo y sólo la dura tierra holló!

Tú avaloras las vidas más vacuas y vulgares: (res:
Sancho Panza agoniza y hay en él majestad.
Tú perfilas los rostros con líneas singulares,
mirífica escultora de la Serenidad!

Es tuyo todo el oro del silencio. (La plata
de la elocuencia dejas para el necio vivir.)
¡Más dice tu mutismo que nuestra catarata
verbal de milenarios, en su vano fluir!

La puerta de la estancia cierra tu mano (pálida
y ya no vemos nada, ya no sabemos más.
¿Se metamorfosea detrás una crisálida?
¿Qué alquimia portentosa se realiza detrás?

¡Oh muerte, creadora del misterio, tú hiciste
que la inquietud volase por vez primera en (por
del Ideal. Mirando tu faz augusta y triste,
el hombre alzó los ojos y se encontró con (Dios!

Lee «ELEVACION»; es el libro de un poeta verdadero.

J. G. R.

INFORMACION

UNA CONFERENCIA DEL SEÑOR RUIZ-FUNES

En la Federación de Dependientes de Comercio y Banca dió el pasado día 25, nuestro querido compañero el docto catedrático de esta Universidad don Mariano Ruiz-funes una notable conferencia, que por su importancia sería omisión imperdonable no reseñar en estas columnas, siquiera sea brevemente.

Como era de esperar, dado lo interesante y sugestivo del tema—«delincuencia netamente española»—y la gran competencia que en materias penales tiene el prestigioso orador, concurrió al acto un numeroso y selecto auditorio, en que predominaban los elementos intelectuales.

Después de un brillante exordio, el señor Ruiz-funes comenzó a desarrollar la tesis de su conferencia examinando detenidamente la naturaleza de los crímenes pasionales, que constituyen la «delincuencia netamente española». Estos crímenes—dijo—pueden ser considerados en un doble aspecto, como las pasiones que los engendran: unos nobles, en cuanto responden a impulsos de sentimientos elevados, y otros innobles como reflejo de ineducación y degeneración moral. Aquéllos revisten a veces caracteres poéticos y merecen una piadosa indulgencia; mientras que los segundos son repugnantes y antisociales.

Al estudiar la génesis de unos y otros delitos, hizo atinadas observaciones sobre la complicidad social, la influencia del medio, la incultura y la idiosincrasia del pueblo español. Señaló entre las modalidades de nuestra raza que más contribuyen a los crímenes pasionales, su melancolía irascible, su falta de sensibilidad, la bravuconería y el flamenquismo. Para corroborarlo adujo oportunos ejemplos de nuestra literatura picaresca.

Expuso el influjo que el Jurado tiene para evitar este género de delincuencia. Los tribunales populares suelen enjuiciar con gran lenidad los crímenes pasionales, y en cambio se muestran muy severos con los atentados contra la propiedad, aun en los casos más disculpables.

Aludió luego al problema del feminismo, lamentando el concepto depresivo que se

suele tener en España de la misión de la mujer, sin que se le conceda importancia como factor ético y social; y terminó con un párrafo elocuentísimo, invocando los sentimientos de ternura para la mujer y para el niño y una profunda piedad para las víctimas de los delitos pasionales.

El auditorio premió con una prolongada ovación la hermosa conferencia del señor Ruiz-funes.

Reciba el distinguido compañero nuestra más cordial felicitación por esta nueva prueba que ha dado de su sólida cultura y de sus brillantes dotes oratorias.

FIESTA CERVANTINA

El próximo domingo día 22 se celebrará en el teatro Romea una velada literaria y artística, con la que se pondrá digno remate a nuestras fiestas de Abril.

Será el culto festejo un espléndido homenaje rendido al Príncipe de los ingenios españoles por la Belleza y la Poesía.

Los poetas prestigiosos de esta Región han escrito composiciones inspiradas en cada uno de los más salientes tipos femeninos que creara el ingenio de Cervantes. Serán interpretadas por bellas señoritas murcianas, que ya han demostrado en otras ocasiones sus ventajosas aptitudes para la lectura y la declamación.

El ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente ha sido invitado para ser mantenedor de la Fiesta cervantina, cuyo seguro éxito es fácil augurar con sólo decir que está encargado de su organización el Comisario regio de esta Universidad don Vicente Llovera.

En nuestro próximo número reseñaremos este festejo literario con la extensión merecida.

EXPOSICIÓN MIRALLES

En el Círculo de Bellas Artes han sido expuestos varios cuadros y bocetos del malogrado pintor murciano don Obdulio Miralles.

El espacio y el tiempo de que hoy disponemos no nos permiten ocuparnos detenidamente de esta interesante exposición. Lo haremos en nuestro número próximo.

LA REVISTA «TOLEDO»

Hemos recibido esta importante Revista de Arte que se publica en la ciudad imperial.

Con gusto dejamos con ella establecido el cambio.

LIBROS NUEVOS

ARTE

ROLDAN, Federico:—*«El Decálogo de Villegas en su expresión ideológica.»*—Sevilla. Imp. y Lib. Sobrinos de Izquierdo, 1917.—2 ptas.

NOVELA

BARRILLI, A. J.:—*«El olmo y la yedra.»*—Bib. Sopena.—Barcelona. 1 pta.

BAZIN, René:—*«Madame Corentine.»*—Nelson, Edits.—1'50 ptas.

LAGUÍA, Dionisio:—*«El viajante.»*—Madrid, «Renacimiento», 1917.—3'50 ptas.

MARQUINA, Eduardo:—*«Beso de oro.»*—Bib. Sopena.—Barcelona.—1 pta.

MAS, José:—*«La Bruja.»* (Novela que bien pudiera ser historia de la famosa bruja de Sevilla).—Madrid, Imp. Española, 1917.—2'50 ptas.

OCANTOS, Carlos María:—*«Entre dos luces.»*—Bib. Sopena.—Barcelona.—1 pta.

REQUENA, Angel:—*«Conchita la brava.»* Novela un poco irónica, un poco erótica y un poquito sentimental.—Valencia, «Electra», 1916.—1 pta.

POESIA

ARIOSTO, Ludovico:—*«Orlando furioso.»* Traducción y notas de Manuel Aranda y

Sanjuán.—Barcelona, Domenech, 1917.—De tomos.—2'50 ptas. vol.

DARÍO, Rubén:—*«Sol del Domingo.»* Poesías inéditas. Prólogos de Luis G. Urbina y Gómez Carrillo.—Madrid, Suc. de Hernando, 1917.—3'50 ptas.

TAGORE, Rabindra Nath:—*«Gitanjali.»* (Oraciones líricas) por... Traducción del original bengalí al inglés por el autor. Versión del inglés al castellano por Abel Alarcón.—Madrid, Imp. de M. García y G. Sáez, 1917.—3'50 ptas.

VARIOS

BORDEAUX, Capitán Enrique:—*«La caída de Donauumont-Vaux;—Los últimos días del fuerte de Vaux (9 Marzo-7 Junio 1916).»*—Traducción por *«Hispanicus.»*—Barcelona, Gili, 1917.—3,50 ptas.

BURGOS, Carmen de, (Colombine):—*«Nuevos modelos de cartas.»*—Barcelona, Sopena. 1 pta.

DOMINGO, Marcelino:—*«Temas.»*—Fortosa, Imp. editorial, 1916.

MIRÓ, Gabriel:—*«Figuras de la pasión del Señor.»*—Barcelona, Domenech, 1917.—5 pesetas.

VARGAS VILA:—*«Libre estética (obra inédita).»*—Barcelona, Sopena.—2 ptas.

